

Montserrat Huguet Santos y Laura Branciforte

Universidad Carlos III de Madrid¹

**ESPAÑA E ITALIA:
CÓMPLICES y EXTRAÑAS EN EL CONFLICTO Y LA PAZ ***

La historia común de Italia y España con respecto al escenario que las acoge, el Mediterráneo, está llena de momentos cómplices y también de comportamientos recelosos. En el primer tercio del siglo XX conviven en perfecta armonía el desinterés mutuo y el descubrimiento ocasional. España es un reto para la modernización pendiente e Italia, anegada de nacionalismo y presión demográfica, busca desesperadamente ahondar como patria geografías extraeuropeas.

Aunque la convergencia resulte difícil, penosa, no obstante hay proximidad en el rechazo definitivo de ambos Estados al modelo de *Ancient Regime*. Ninguno de los avatares que las reúna resultará excesivo y tampoco razón de hito en la memoria de ninguna de las dos naciones. En una II República voluntariosa y desacertada a Partes iguales España pugna por olvidar la figura malograda de Amadeo (I) de Saboya al frente del histórico experimento de renovación monárquica. Bajo el régimen prolongado del Fascismo Italia recelará casi sin motivos de la competencia imperial española.

Por encima de la más o menos azarosa historia política destaca una incalculable indiferencia que, no obstante se supera por causa del valor que los pueblos confieren a los mitos y a las supuestas tradiciones que dan entidad al otro. Como nada es lo que parece y lo que parece a menudo solo es caricatura de lo que debiera ser, conviene dar un repaso a ese pulso breve que mantuvieron dos Estados supuestamente iguales en su mediterraneidad, a la postre jóvenes y viejos por igual, pero sobre todo profundamente ignorantes el uno del otro.

1. Espacios imperiales.

Al ir concluyendo la Primera Guerra Mundial, en los ámbitos políticos y literarios europeos se apuntó la necesidad de avanzar en un

¹ *Cantieri di Storia IV. Quarto incontro sulla storiografia contemporaneistica italiana*, Marsala, 18-20 settembre 2007.

llamado *Bloque Occidental Mediterráneo* a modo de *Liga Panmediterránea*, cuyo fundamento fuera la supuesta *espiritualidad* compartida entre las llamadas naciones latinas, Francia e Italia. Era de todo punto inimaginable la pretendida hegemonía mediterránea al final de la contienda, si bien se escuchaban reflexiones del siguiente cariz:

*“Il nous faut un programme bien défini, à nous comme à nos alliés. Et nous ne parviendrons à le réaliser, les uns et les autres, que par la sécurité de nos frontières, l'association de nos richesses et de nos efforts, l'union permanente et progressive de nos forces militaires, économiques, financières, intellectuelles, par l'alliance latine d'abord, par le Bloc Occidental en suite”.*²

Los mediterraneistas españoles dispensaron a este proyecto una acogida calurosa. En el contexto posbélico, un plan de estas características ofrecía ventajas a un país en franca modernización de sus estructuras internas³. Merece la pena traer a colación la política netamente mediterraneista de la Dictadura de Primo de Rivera, si bien su praxis no sobrepasó un acercamiento hispano-italiano francamente escueto -tratado de amistad de 1926⁴- cuyo valor residía en la medida en que abundaba en el recorte del excesivo poder francés en la Cuenca, antes que en la consecución del proyecto panmediterráneo que propusiera Bertrand en la década previa⁵.

Fue Italia la que urgió a la comunidad internacional a que respetase sus intereses en la región de Tánger, objeto de atención de las naciones de la Cuenca. Alentar a España a mantenerse firme en su reivindicación, prometiéndole su apoyo, exigía el protocolo de la alianza ya mencionada. Nada hacía suponer, sin embargo que existiera ningún tipo de acuerdo formal entre Italia y España acerca de la cuestión tangerina.

En el trasfondo de la cuestión se perfilaba un rotundo vacío en lo referente a la postura regional española. En ésta, como en las demás

²BERTRAND, L.: “Vers l'unité latine” en *Revue de Deux Mondes* (1916), 15 septiembre.

³ GONZÁLEZ CALLEJA, Ed.: *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria 1923-1930*. Alianza Editorial. Madrid, 2005.

⁴ A mediados de los años veinte a Mussolini le preocupa la acción de expulsión de la que son objeto los italianos en Marruecos y Túnez. Por un convenio firmado en 1896 los italianos de Túnez y Marruecos, algo más de 100.000 y 10.000 respectivamente, conservan la nacionalidad italiana, una anomalía que, especialmente en el caso de los nacidos en la región, irrita a los franceses. Ver: CAROCCI, G.: *La política estera dell'Italia fascista, 1925-1928*, Bari, 1929.

⁵Sobre esta cuestión véase el trabajo ya clásico de Susana SUEIRO (1987): “La política mediterránea de Primo de Rivera: el triángulo Hispano-Italo-Francés”, en *Espacio, Tiempo y Forma*, Revista de la Facultad de Geografía e Historia, UNED, Madrid.

cuestiones de acción exterior, España sostenía su colaboración en el mantenimiento del *statu quo* de la zona sin lanzarse a grandes iniciativas, confundiendo, a todas luces, los valores de la paz y de la neutralidad con fórmulas de inactividad con respecto al entorno. Las limitaciones de la política exterior española, a expensas del equilibrio franco-británico en el área, quedaron netamente reflejadas en la cuestión de Tánger, que no fue, pese a los reiterados intentos de la diplomacia (Estatuto internacional de 1923 y revisión de 1928), incluida en la zona española de Marruecos⁶.

Durante la Segunda República Española las tensiones internacionales acumuladas avivaron la llamada cuestión mediterránea. Algunas iniciativas, como por ejemplo la invasión italiana de Etiopía en 1935, revestidas de una notable agresividad, levantaron suspicacias en una España que veía cómo, por su tradicional posición en la sombra, el Mediterráneo se repartía en zonas de influencia y en foros internacionales a los que no era invitada.⁷

Fue el caso de los acuerdos de Roma -enero 1935-, resultado de las conversaciones entre Laval y Mussolini. La nación española, pese a los desmentidos del gobierno, tuvo clara conciencia de que el destino del Mediterráneo estaba en juego sin que España pudiese siquiera acercarse a la mesa del reparto. Italia, la aliada y amiga de 1926, se estaba convirtiendo en un peligro más que virtual, no solamente para el *statu quo* del Mediterráneo, sino también para los intereses externos de España en la zona. Pese a lo cual el tratado fue objeto de una renovación automática en 1936, a diez años de su firma, quizá porque la tan temida guerra civil se preveía ya como el choque de modelos que iba a eclosionar poco después en Europa. Reconocer, mediante la renovación de un pacto firmado en el periodo primorriverista, al bando sublevado era ahondar la zanja de la discordia europea⁸.

La suerte del estuvo siempre en manos de las potencias. Nunca de las naciones de la Cuenca. El discurrir internacional de los acontecimientos fue atropellado, el *statu quo* fue roto, y España se vio inmersa en una contienda civil. Ambos bandos -Republicanos y

⁶Acerca de esta cuestión destacamos los trabajos de Juan Carlos PEREIRA (1990): "La cuestión de Tánger en la Europa de entreguerras: España de entreguerras: España ante Francia y Gran Bretaña", en *Revista de Estudios Africanos*, nº7; y J. L. NEILA (1992): "Revisionismo y reajustes en el Mediterráneo: Tanger en las expectativas de la II República española (1934-1936)", en *Hispania*, CSIC, Vol. LII/181, pp. 655-685. SUEIRO, S.:

⁷Las dificultades de la Segunda República afectaron también a la actuación española en territorio marroquí. Los gobiernos republicanos intentaron aligerar su actividad burocrática y reducir los costos de la acción colonizadora, excesivos para la maltrecha economía española, sobre todo si se tiene en cuenta el contexto internacional de la Gran Depresión.

⁸SAZ, I.: *Fracaso del éxito: Italia en la guerra de España*, TIEMPO Y FORMA, Serie V, Historia Contemporánea, t. V, 1992, pp. 105-128.

sublevados- se veían incapaces de articular un ideario coherente con el desarrollo de una política exterior natural y favorecedora de los intereses de la Cuenca. De esta manera llegamos al momento en que, instituido el régimen de Franco y en una situación de paz interna, que no internacional, comenzaron a dibujarse los perfiles de la inconstante e incierta política mediterraneista del nuevo Estado español y de sus relaciones con la Italia fascista.

Al concluir la Guerra Civil, la política exterior española tenía pendientes un conjunto de retos apremiantes que no daban lugar a disgresiones teóricas. De entre todas las líneas de acción posibles, las reivindicaciones africanistas consumieron buena parte del esfuerzo del régimen. En los ensayos políticos, en cuyos textos resultaba difícil deslindar las líneas teóricas de proyección exterior, se desgranaban ideas tales como *el mediterraneismo*, *el arabismo* o *el africanismo*, todas ellas insertas en la experiencia confusa de una prosa abigarrada y carente de un sentido claro.

De ninguna manera, en aquellos años, no se contemplaba la posibilidad de integrar la actividad socio-económica, política y cultural de ambos márgenes del Mediterráneo. Antes bien, persistía la división tradicional del mar en dos franjas: la del norte, europea y cristiana, civilizada y nacional; y la del sur, norteafricana y árabe, exótica y en buena medida necesitada de la acción civilizatoria de la Europa del sur. Esta duplicidad, herencia de un pasado ideológico no superado y proyección estéril para un futuro, produjo, por lo que al caso español se refiere, la total ausencia de interacción entre los tres conceptos, *africanismo*, *arabismo* y *mediterraneismo*. No merecía siquiera la pena intentar bucear en los matices y diferencias.

La Segunda Guerra Mundial dio un sesgo más histórico, en tanto cotidiano, a la cuestión, porque centró parte del interés de las potencias implicadas en la cuenca mediterránea. España, neutral en apariencia (4 septiembre 1939) si bien colaboradora de Italia y Alemania en la práctica⁹, no fue ajena a los beneficios que cabían derivarse de un posible reparto del Mar, si -como era deseo del régimen franquista- vencía el Eje. España, como el resto de las naciones, conocía el interés de Italia de no quedar desplazada en el reparto de influencias en Europa. Un tratado de amistad con el régimen español aún no concluida la guerra civil (Pacto

⁹ El 12 de junio de 1940 el Consejo de Ministros especifica que “Extendida la lucha al Mediterráneo por la entrada de Italia en guerra con Francia e Inglaterra, el Gobierno ha acordado la no beligerancia de España en el conflicto”. Así pues, la “no beligerancia”, que fue usada en el mismo conflicto por Italia y los Estados Unidos, conviene como fórmula al Estado español. El 14 de junio de 1940 las tropas españolas entran en Tánger y nombran a un gobernador, violando con ello el estatuto internacional.

Anti-Komintern¹⁰) fue suficiente para poner las bases de un ulterior desarrollo de las relaciones bilaterales entre los países. El modelo al que acudieron fue el texto del acuerdo ya firmado entre Yugoslavia e Italia. De la mano de los fascismos europeos, España era arrastrada nuevamente a un escenario bélico que no le convenía.

Sin embargo, el esfuerzo imperial de una España rota y sufriente en pleno conflicto mundial era un reto tan ineludible como desproporcionado para el régimen. La competencia italiana era un gran handicap, pero aunque España hubiese accedido a dirigir un plan de integración de los países miembros de la Cuenca, las constantes anexiones y pérdidas territoriales en el área durante la coyuntura bélica, así como la fragilidad de las colonias, y la limitación de sus recursos, le ponían difícil delimitar la naturaleza de sus interlocutores y los retos específicos.

Más allá de la intransigencia italiana por lo que a beneficios para España en el Mediterráneo se refiere, lo cierto es que la evolución de la guerra –el desembarco aliado en las costas italianas (julio-agosto 1943–desvirtuó definitivamente las aspiraciones africanistas de Franco que, hubo de abandonar la también administración de Tánger (de nuevo bajo control internacional, entre 1945 y 1956) y prescindir del proyecto de extender el área española en Marruecos hasta Fez. Siendo así que, concluido el conflicto, España no sólo no había conseguido ampliar su espacio de dominación colonial, sino que además asistió sin haberse preparado convenientemente a la puesta en marcha del proceso pro-independentista del nacionalismo marroquí que culminaría en los años cincuenta. Con todo, por lo que a los intereses en el área se refiere, Franco había ganado la partida a Mussolini, perdedor absoluto en la partida de la recolonización del Mediterráneo.

El Estado español abrió entonces una tímida línea de acción cultural de cara a salvar las apariencias y a instancias sin duda de la voluntad de construir un ideario internacionalista sólido que fuera afín a los principios del nuevo Estado. Producto de esta iniciativa, en 1941 Serrano Suñer, Ministro de Asuntos Exteriores, fomentó la creación del llamado *Instituto Español de Estudios Mediterráneos*, y de un órgano de expresión, la *Revista de Estudios Mediterráneos*, escrita en cuatro lenguas e ilustrada. La revista fue bien acogida en los reducidos círculos interesados en esta materia. Con el fin de desligar el proyecto de la dimensión oficialista de la política exterior del Estado, se le dio un sesgo académico que eludía el ánimo de lucro. Entre los muchos planes en curso, se pensó en crear una Casa Metropolitana con sede en Barcelona, y como cátedras en todas las ramas de la docencia para especialistas

¹⁰ El acuerdo se fraguó en Burgos, entre los embajadores de Italia, Alemania y Japón, en función de la aproximación franco-británica. Aún así, el nuevo gobierno español condicionó la adhesión a la condición de que el pacto se hiciera público solo al final de la guerra. Ver: AMAE, R 833127, telegramas 209-212, Roma, 14 de febrero de 1939 y n°25, Burgos, 21 de febrero de 1939.

españoles e invitados de otros países del área. El plan dotaba al Instituto de una proyección abierta para que sus actividades tuviesen una dimensión plural y exterior. Incluía la creación de un sistema de becas en el extranjero, además de la organización de viajes marítimos anuales por el Mediterráneo. Llegó incluso a presupuestarse la adquisición de un *buque escuela* en el que llevar a cabo estudios sobre el Mediterráneo.

El Instituto Español de Estudios Mediterráneos se puso en funcionamiento en 1943, con un programa de estudios humanísticos. En la primera línea informativa acerca del Instituto destacó el trabajo periodístico de Wenceslao González Oliveros. Consciente de la pobreza informativa sobre el Mediterráneo en España, González Oliveros dio a su trabajo una dimensión de difusión y de compromiso personal con lo que para él era una causa. La progresiva cercanía del final de las hostilidades en el verano de 1943 estimulaba la reflexión sobre la paz y la concordia en el Mar. En plena contienda mundial y con Italia sometida a los rigores de una derrota temprana, González Oliveros evitaba la polémica y prefería hablar de la intercomunicación cultural de las partes ribereñas del Mediterráneo, sugiriendo que España estaba llamada a convertirse en una baza importante en la pacificación de la zona ¹¹.

¿Qué grado de distorsión sufrieron las relaciones hispano italianas en su relación con ese telón de fondo histórico-cultural que fue el final de la II guerra mundial? ¿De qué elementos hubo de abastecerse la invención del otro a partir de 1945?

2. La España franquista en la retina histórico-cultural italiana al final de la Segunda Guerra Mundial.

Esta era pues la imagen que hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, ofrecía o, mejor dicho, quería transmitir España de sí misma, como elemento de equilibrio en la desorientación general de estos traumáticos años. Cabría preguntarse ahora ¿cuál fue la imagen que Italia plasmó y dio a conocer de la misma España? y ¿cuándo y cómo se difundió la imagen de España en Italia en los años cuarenta?

La imagen que se tenía en Italia de España se había ido construyendo gracias a la común aspiración que había alimentado, durante los años de la Guerra Civil, ambos Países mediterráneos en

¹¹Resulta imprescindible la consulta de la obra de GAY DE MONTELLA (1943): *Mediterraneísmo y Atlantismo*. Tal y como se señala en el texto, un trabajo específico sobre este tema fue el de Wenceslao GONZÁLEZ OLIVEROS (1941): “El Instituto español de Estudios Mediterráneos restablecerá las relaciones españolas con los países de la cuenca mediterránea”, *Mundo*, año II, nº 53, pp. 43-45.

vista de un nuevo equilibrio en la cuenca del mediterráneo occidental; quizás en la vana esperanza que la supremacía italo-española pudiese privilegiar aquella de Francia o Inglaterra¹².

De la difusión de los éxitos de la Guerra Civil de España se ocupó, siempre más incesantemente, la Iglesia a partir de los últimos años de la Guerra Mundial, reiterando su carácter de Santa Cruzada, sobre todo cuando, en 1944 y en 1945, la avanzada de las tropas rusas y los acontecimientos bélicos preocuparon mayormente la Santa Sede. La reincidencia en el “mito negativo” de las persecuciones contra los cristianos fue sintomático de la vuelta a los clichés de la Guerra Civil. El recuerdo y la utilización de la fuerza del catolicismo en España fue muy distinta en los ambientes fascistas italianos donde, el modelo del nacional-catolicismo, no había sido nunca fuente de admiración. Es por eso que desde la nueva España regenerada se alabó el apego del pueblo español a la religión católica, pero no vino nunca representada a los espectadores italianos la institución eclesiástica española como un modelo.

En los años 1943-1945 se asistía en Italia al declino de las armas fascistas, hecho que supuso por lo que atañe a España, una simultánea y paralela aceleración de la “defascistizzazione”. Este último proceso se debe relacionar, dentro de unos límites bien determinados, tanto cronológicos, los años 1939-1941, como ideológicos, con la fascistización en España¹³. Este proceso de alejamiento de los presupuestos fascistas coincidió, además, con el declino en España de la Falange, que estuvo contraseñado, en 1942, por la caída de Serrano Suñer¹⁴ y de sus seguidores. Son estos (1942-1945) los años en los cuales con la elección de Gómez Giordana se inauguró el periodo de la denominada neutralidad “activa”¹⁵ que coincidió con el definitivo declino de las miras expansionistas en el Mediterráneo. Esta fue la España que en estos últimos años vio vacilar el mantenimiento de su última «reliquia imperial»¹⁶.

A pesar de que Italia y España tuvieron que abandonar las esperanzas y los intereses comunes en la Cuenca del Mediterráneo, por el desencadenarse de los acontecimientos bélicos, y a pesar de que en

¹² ESPADA, M., (1987), *Franquismo y política exterior*, Rialp, Madrid.

¹³ Cfr. SAZ CAMPOS, ISMAEL (2004), *Fascismo y franquismo*. Universitat de Valencia.

¹⁴ TUSELL X y QUEIPO DE LLANO GARCÍA, G. (1985): *Franco y Mussolini, la política española durante al segunda guerra mundial*, Planeta, Espejo de España, Madrid.

¹⁵ Il 3 ottobre 1943, Franco abbandona la non belligeranza e torna alla neutralità. MORO, R., DI FEBBO GIULIANA, (2005): *Fascismo e franchismo Relazioni, immagini, rappresentazioni*, Rubbetino, Torino.

¹⁶ SUEIRO, S. “España en Tánger durante la Segunda Guerra Mundial: La consumación de un viejo anhelo” in *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V, i-I.' Contemporánea, t. 7, 1994, págs. 135-163

Italia hubiese mermado ya desde hace tiempo el interés por un posible ingreso de España en el conflicto¹⁷, un vínculo aún interrumpido, parecía marcar las relaciones italo-españolas. Frente al debilitamiento del fascismo en Italia, la España franquista representaba, no obstante hubiesen ya desaparecido casi del todo las razones de una identidad ideológica común, un último baluarte de la “razón” fascista. Por medio de España parecía aún posible corroborar la viabilidad de contenidos y programas “fascistizzanti” que estaban decayendo en Italia. La cordialidad de las relaciones entre Italia y España sobrevivía, si bien no se alimentaba ya de objetivos concretos y comunes, sino sólo de recuerdos de las relaciones que se habían instaurado entre estos dos Países durante la Guerra Civil.

Esta relación no fue puesta en crisis tampoco por el armisticio del 8 de septiembre de 1943, aunque sí que marcó un punto de cesura en las relaciones entre Italia y España¹⁸. La recepción del reconocimiento oficial por parte del Rey de Italia, no fue seguramente exento de contrastes y de divisiones en el conservador ambiente político y militar español. Sin embargo, contrariamente a lo que ocurrió en España, donde el armisticio hizo de Italia el objeto de distintas y contrastadas posiciones, la idea que se difundió y que circuló de España en Italia fue mucho más homogénea e interesada.

Frente al debilitamiento de las relaciones italo-españolas y frente a un inviable acercamiento ideológico, prevaleció en Italia, desde 1940, un intento de aprovechar de la de comparación con España a través un esfuerzo de “pedagogía asimilativa”. Esto aún cuando España se estaba alejando de Italia y del modelo fascista. Esta voluntad de asimilación se hace patente, por ejemplo, en la idea que se difundió de España a través de los canales extra-oficiales, a través de la información (de los “cinegiornali”), la prensa, el cine.

La difusión de esta imagen de España, en Italia, la describe, por ejemplo, Renato Moro a través del análisis de los “cinegiornali” y de los

¹⁷ Desde 1940 Italia parecía poco interesada en ello: “en la convicción que una España amiga secundase mucho mejor las exigencias estratégicas y los objetivos de Roma, tanto en clave anti-alemana como anti-francés. GUDERZO, M.: (1995), *Madrid e l'arte della diplomazia*, Il maestrale, Firenze pp. 472-473

¹⁸ A pesar de que se pidió al embajador español en Italia, Raimundo Fernández Cuesta, de volver a España, por expreso requerimiento del Ministro de Asuntos Exteriores español, Jordana, el gobierno español “considera[ba] inmutado el reconocimiento de los representantes de Su majestad el Rey de Italia”. Según lo que relataba el embajador italiano en España Paulucci al mariscal Badoglio el 25 de septiembre. Cfr. TASSANI, G. (2003), *Dopo l'8 settembre l'Italia continua a Madrid* in “Nuova Storia Contemporanea”, VII, N.5, PP. 97-132.

documentales que el “Istituto Luce” e la Incom le dedicaron¹⁹. La representación de España no se reduce ya sólo a los años de la Guerra Civil, sino que también a los años posteriores, en el intento de corroborar las afinidades y las comunes políticas económicas, así como las comunes reivindicaciones mediterráneas, hasta el punto de llegar a acercar “el culto del caudillo español al modelo mussoliniano”.

La imagen del franquismo que nos ofrece también Alfonso Botti, a través de algunas publicaciones periódicas desde 1939 hasta 1943, evidencia entre muchos otros aspectos, la común exaltación de las revoluciones española, italiana y alemana, en cuanto eran revoluciones que tenían un carácter netamente popular. Así como se lee en *Civiltà fascista*: “Franco ha fatto più di una rivoluzione: la principale è quella di aver trasformato il vecchio esercito, la vecchia casta militare, in un esercito popolare: la nazione in armi”²⁰.

Se denota en estos últimos años del régimen fascista, la tentativa de acercar, por conveniencia, algunos elementos del régimen franquista al fascismo, y en especial de algunos aspectos de la *Falange*, de la *Sección femenina*, o del papel de *Auxilio Social*. Se trataba en general de todos aquellos elementos más fáciles de acercar al fascismo. Al mismo tiempo y en dirección contraria, el Estado franquista iba a la búsqueda de una identidad propia sin poder, aunque queriéndolo, librarse rápidamente del incomodo modelo fascista, dada la amplia difusión en el entramado de Estado. Como se infiere, por ejemplo, en la propaganda difundida a través del NO-DO²¹, alrededor de 1945: “si bien hubo que renunciar a los coqueteos con la estética y el estilo «fascistoides», lo cierto es que a esas alturas la Falange había implantado de una manera tan eficaz sus organizaciones y métodos sobre el aparato de Estado que ya no lo abandonaría hasta el final del Régimen”²².

Gradualmente fueron desapareciendo los rasgos relativos a una momentánea y común identidad ideológica y se fue rompiendo la anterior y ficticia identificación entre la España de Franco y la Italia de Mussolini. La visión que Italia había reconstruido de España, había sido creada, quizás, a su imagen y semejanza o a semejanza de aquello que

¹⁹ MORO R., “L’immagine del franchismo nei cinegiornali” in MORO, R., DI FEBBO GIULIANA, (2005): *Fascismo e franquismo Relazioni, immagini, rappresentazioni*, pp. 277-305

²⁰ “Franco ha hecho mucho más que una revolución: la principal es aquella de haber transformado el viejo ejercito, la vieja casta militar, en un ejercito popular: la nación en armas” en BOTTI, A. “L’immagine del franchismo nella pubblicitaria”, in MORO, R., DI FEBBO GIULIANA, (2005): *Fascismo e franchismo. Relazioni, immagini, rappresentazioni*, op. cit., p. 342.

²¹ El noticiario, NO-DO, fue transmitido por primera vez en las salas cinematográficas en enero de 1943.

²² TRANCHE R., y SÁNCHEZ BIOSCA V., (2006), *NO-DO. El tiempo y la memoria*, 8ª Ed. Cátedra, Madrid.

se esperaba que pudiese aún ser Italia. Este acercamiento que estuvo seguramente basado en la invención y distorsión de las realidades española e italiana, encontró sin embargo un punto de no retorno en las diferentes posiciones asumidas por Franco y Mussolini en las respectivas formas de participación en el conflicto bélico. Se deduce en este juego de espejos la aspiración a ver en España lo que Italia ya no podía ser. “Il gioco degli specchi forse aveva abbagliato lo stesso regime fascista”²³.

Podríamos entonces concluir que desde estas dos distintas orillas del mediterráneo se habían ido creando las bases ficticias para la creación de objetivos comunes que en realidad ya habían desvanecido al final de la Segunda Guerra Mundial, cuando ambas realidades se encontraban ahora a enfrentarse con la reconstrucción de una nueva función e identidad. Muy pronto, además, responderán al final del conflicto bélico con dos respuestas diametralmente opuestas.

Sin embargo, el intercambio de momentos de admiración y de desacuerdo entre las respectivas construcciones políticas y culturales española e italiana continuará a caracterizar la historia de los dos Países, en una sucesión de momentos de progreso cultural, político y económico que en fases alternas y sin lograr casi nunca coincidir se subseguirán hasta hoy en día. Aquella afinidad y amistad estipulada ya desde 1926 en el tratado de amistad, que sigilaba la idea de un antiguo entendimiento italo – español, no parece todavía haber desvanecido.

²³ “El juego de los espejos quizás había deslumbrado el mismo régimen fascista”. MORO R., “L’immagine del franchismo nei cinegiornali”, en MORO, R., DI FEBO G., (2005): *Fascismo e franchismo. Relazioni, immagini, rappresentazioni*, op. cit., p .305.